

dos monarcas mujeriegos el adulterio por ella maquinado. Una diferencia se nota entre Faraón y Abimelech. Aquél vivió con Sara mucho tiempo, y en premio á las delicias que pasaron juntos recibió los tesoros ya mencionados, con los cuales pudo partirse del Egipto y constituir en Palestina una especie de monarquía el patriarcal matrimonio. Pero Abimelech, apenas había recibido á Sara en su hogar, notó la cólera del cielo, y tuvo que devolverla intacta, no sin reconvenir al marido por su incomprensible disimulo. Difícilmente podrían mis lectores piadosos dar asenso á cuanto les referimos ahora, si no lo encuentran comprobado en las historias consagradas como veraces, no sólo por la crítica histórica, por la religión cristiana y por el asentimiento universal. Así hame parecido lo mejor el transcribir aquí todo cuanto la Biblia dice respecto de tal incidente importantísimo en la historia de Sara, para conocimiento del lector. He consultado el texto hebreo, y además del texto hebreo, que mil veces en mi juventud traduje, la Vulgata, ó el texto consagrado por la tradición en todos los pueblos cristianos y por la Iglesia católica en el tridentino Concilio. Lean mis lectores y fiense por completo á mi culto escrupulosísimo hacia uno de los originales á que no está permitido tocar, primero por el honor propio y la propia ve-

racidad, después por hallarse texto como la Biblia en todas las manos.

Traducimos el Génesis en su capítulo vigésimo, que dice así á la letra: «Partióse de allí Abraham á la tierra del Mediodía, y se asentó entre Kades y Sur, habitando, cual forastero, en Gerar. Y dijo Abraham de Sara, su mujer: «mi hermana es.» Y Abimelech, rey de Gerar, envió por Sara y la tomó para sí. Empero Dios bajó hasta Abimelech en sueños nocturnos, y le dijo: «muerto eres á causa de la »mujer que has captado, perteneciente á su marido.» Mas Abimelech no se había llegado á ella, y dijo: «Señor: ¿matarás esta gente justa por causa de mí? »Él dijo: es mi hermana. Ella dijo: es mi hermano. »Con alma sencilla y manos limpias hícelo todo.» Y replicóle Dios: «Yo también sé con toda cuanta »integridad de corazón has hecho esto, y yo también te »detuve al pecar, preservándote de que la tocases. »Ahora, pues, vuelve la mujer á su marido, porque, »profeta éste, orará por ti él, y tú por él vivirás. Y de »no restituirla, sábete de cierto que morirás tú, y »contigo morirán también todos los tuyos.» Entonces Abimelech madrugó y llamó á todos sus siervos, y dijo todas las palabras oídas á Dios en sus orejas, y temblaron. Después llamó Abimelech á Abraham, y le dijo: «¿Qué me has hecho? ¿En qué pude fal- »tarte para traer, tanto sobre mi reino como sobre



»mí, este gran castigo? Has hecho conmigo lo que  
 »jamás debiste hacer.» Y dijo más Abimelech:  
 «¿Qué has visto en mí para proceder así conmigo?»  
 Y Abraham respondió: «Porque dije para mí: no hay  
 »temor de Dios en este lugar, y me matarán por  
 »causa de mi mujer. Y como, á la verdad, también  
 »es mi hermana, hija de mi padre, más no hija de  
 »mi madre, toméla por mujer. Y sucedió que, al  
 »mandarme salir Dios errante de mi hogar, yo la  
 »dije: harasme, mujer, esta gracia. En todos los lu-  
 »gares donde nos llegemos dirás de mí: es mi her-  
 »mano.» Entonces Abimelech tomó ovejas, vacas,  
 siervos, siervas, y díolo todo á Abraham. Y demás  
 de esto le restituyó su mujer. Y dijo Abimelech á  
 Abraham: «mi tierra es aquesta. Delante de ti está.  
 »Reside con los tuyos donde quisieres.» Y á Sara  
 dijo: «He aquí como doné á tu hermano mil mo-  
 »nedas de plata. Él cubre los ojos á todos cuantos  
 »están contigo y á todos cuantos no están.» Por tal  
 suerte fué restituída.» Traducimos hasta el ver-  
 sículo décimosexto, dejando sin traducir los décimo-  
 séptimo y décimooctavo. Sara, exceso de pudor en  
 la cultura nuestra, ó exceso de hipocresía; pero los  
 ojos de nuestras lectoras no podrían soportar cier-  
 tas crudezas bíblicas. Cerremos el sacro libro y  
 vamos á la indispensable perifrasis. Por causa de  
 Sara, la esterilidad azotó durante mucho tiempo las

familias de Gerar. Sus mujeres no parían, y no se  
 aumentaban los naturales de aquel territorio. Cas-  
 tigo tan grande afligió mucho á gentes como aque-  
 llas, necesitadas de una sucesión que les asegurase  
 la vida, y las extendiera por todo el territorio, y  
 les procurara brazos con que defenderse, almas con  
 que perpetuarse. Rogaron á Dios, y cesó la esteri-  
 lidad. Engendraron los hombres, parieron las mu-  
 jeres. Tal es la relación bíblica, más ó menos peri-  
 fraseada por nosotros, en su Sináí, por creer intole-  
 rable al pudor nuestro lo que se arriesgaba la pris-  
 tina candidez de otros tiempos á decir y á contar.  
 Pero en este relato sencillo hállanse justificadas  
 todas cuantas observaciones apuntáramos nosotros  
 respecto del estado moral é intelectual de aquellas  
 edades y sin las atenuaciones á nosotros impues-  
 tas por nuestros tiempos y por nuestras costumbres.  
 Así era el estado patriarcal. Nosotros lo hemos re-  
 latado en toda su verdad, y la Biblia, en su nativa  
 candidez, no sólo ha corroborado, sino también re-  
 crudecido y agravado nuestro relato. Y, en verdad,  
 no habíamos dicho lo más grave que debía en esta  
 historia decirse, y lo hemos dejado al texto escueto  
 de la Biblia, para que nuestros lectores aprendie-  
 ran en él cómo la mujer de Abraham era, como veis,  
 además de su esposa legítima y propia, su hermana  
 de padre. Ahora, en las ideas nuestras, no concebi-



mos esto, si es que podemos creerlo. Pero estaba muy admitido en los tiempos prehistóricos, cuando las sociedades no parecían tan por extremo complicadas cual hoy entre nosotros, y los individuos de una misma familia no podían enlazarse con otras familias en el aislamiento y en la soledad á que los condenaban su vida nómada y su peregrinación eterna. Cuando veis una hermosa y bien oliente fruta, de aroma suave, de gusto delicado, de color brillante, la cual ha salido de una flor hermosísima, nunca os acordáis de las oscuras é informes raíces ocultas en la tierra y tan diversas de la parte superior de su organismo, es decir, de las productivas ramas ó de las copas, y de igual suerte, al ver la moderna sociedad, no recordáis cómo ha pasado por el estado salvaje, y, al ver la familia, no recordáis cómo ha pasado también por el estado nómada y patriarcal.

Por fin el gran deseo de Abraham se cumplió, dándole un hijo Sara. Esta no podía comprender cómo llegara tan tarde semejante fruto de bendición, por ella no aguardado, y reíase y burlábase de sí misma. El niño se llamó Isaac, y creció en el amor de sus padres y en la grande abundancia deparada por el cielo á todos. El día que lo destetaron, Abraham dió, como nos cuenta el capítulo XXI de la Biblia, en el Génesis, espléndido banquete.

Los hebreos, como nosotros en los tiempos viejos, tomaban la comida principal en la hora de medio día. Cuando las costumbres hebreas llegaron á pervertirse, los banquetes de aquellas sobrias tribus se dilataron allende lo acostumbrado antes. Isaías, en su tiempo, se quejaba de que comidas del medio día solían prolongarse con escándalo y desorden hasta la noche. Indudablemente los ejemplos próximos de aquellos reyes voluptuosos les pervirtieron, porque las comidas, aun las más solemnes, dadas en tiempos de los patriarcas, que la Biblia nos refiere, no podían prolongarse mucho tiempo, en atención á la escasez de guisos y de platos. También las costumbres debieron alterarse y corromperse más tarde, así en las viandas como en la manera misma de comerlas. Cuando recibía huéspedes, el patriarca hebreo estaba de pie, mientras aquéllos cómodamente sentados. Pero si hemos de creer á las historias, el pueblo hebreo comía, durante los patriarcales tiempos, sentado á la mesa. ¡Oh! La costumbre de tenderse, completamente inadmisible, así por la salud como por el decoro, debió llegar mucho más tarde, copiada, como ya hemos dicho, de los imperios orientales. Aquellos profetas, que representan la madurez de Israel, no como Abraham, el principio y comienzo, maldecían grandemente á los magnates de su edad porque comían



en lechos de marfil cubiertos por encendida roja purpúrea. El trigo se atrojaba, se molía, se amasaba y se cocía en casa. Para la operación de molerlo tenían unos molinos de mano, cuya parte superior majaba los granos y cuya parte inferior recibía el polvo de las harinas. Por regla general molía la mujer y el estruendo de la muela llenaba todo el hogar. Así, cuando los poetas judíos quieren expresar una desolación terrible y un silencio profundo, comparan las ciudades con las casas donde se han parado los molinos. En efecto, daba grande animación á una familia el entrar las haces en las casas, cortar las espigas de sus cañas, moler el trigo á mano, amasar después de la molienda, cocer después del amasijo y guardarlo todo bien cocido y bien oliente allá en la recatadísima despensa. De tales y tan primitivos trabajos nos guarda la Biblia ejemplo, bien poético por cierto, en mil escenas interesantísimas. Cien veces la liturgia hebreaica daba reglas religiosas de preparar las comidas y hasta de cocerlas. En los primitivos tiempos se disponían los animales para la mesa cual se sacaban del ganado. Más tarde no. Como toda sencillez fué poco á poco perdiéndose, los ricos acostumbraban á cebar para sí los animales preferidos. En sus formas el ajuar hebreo se asemejaba mucho al egipcio y al asirio, cuando la civilización fué penetrando

en sus senos. Vasos y jarras de tierra cocida y de metales trabajados tuvieron, según las épocas. Pero los barroes estaban más expuestos que los metales á esas impurificaciones extendidas desde los senos del alma espiritual hasta los más inanimados objetos. Cuando se corrompía ó maculaba un utensilio cualquiera de tierra, la religión imponía que se desechase y rompiese, mientras bastaba con lavar los utensilios de madera ó de metal. La mancha inutilizaba mucho los objetos y el contacto con la carne de animales muertos constituía una mancha. De aquí las purificaciones continuas. El banquete dado por Abraham en celebración del destete de Isaac bien puede colegirse hoy del contexto bíblico. Compondríanlo de miel y leche, queso y algún bizcocho, recentales y terneros, pan amasado por la mano de Sara y cocido en el hogar común entre los regocijos de toda la familia.

El nacimiento de Isaac perturbó nuevamente la familia de Abraham. Ya hemos dicho que, hallándose Agar en cinta, Sara la despidió, herida por sus arrogancias, y que solamente quiso recibirla de nuevo después de haberse humillado la sierva en sumisión completa, y confesado su falta, y pedido de rodillas su perdón. A tal precio se reinstaló en una casa y en una familia, donde las preferencias dadas por el amor de su jefe no habían podido re-



dimirla de la indignidad moral y del rebajamiento material, congénito á la vieja servidumbre. Pero sucedió más luégo que la familia se aumentó con aquella providencial y esperada presencia de Isaac. El primogénito fué Ismael, hijo de Agar, dado á luz en la tienda, poco después de haber perdonado Sara la implacable á su sierva. Pero el segundo-génito, hijo de la mujer primera, de la mujer preferente y preferida, llevaba en sí aquella primacía moral de haber sido por Dios anunciado, por Dios prometido, y de circular por sus venas la sangre misma designada por Dios como verdadero jugo de la profesión sacerdotal. Ismael llevaba sangre de los infieles, egipcia sangre por su madre Agar, mientras llevaba sangre tan sólo hebrea la generación única, Isaac, la generación única de aquel matrimonio que dejara las orillas deleitosas de su río natal y de su natal laguna en busca de Palestina, donde hallaría un suelo y un templo apropiados al Dios de su espíritu y al dogma de su fe. Dadas tales condiciones, imposible impedir que grandes disentimientos estallasen pronto dentro de una familia desgarrada por tan enorme contradicción. Así, pues, un día, tras las fiestas dadas por el destete de Isaac, un día, iba diciendo, en que jugaba éste, Ismael se burló con los sarcasmos propios de los terribles celos pueriles. Tal irreverente burla hirió

de nuevo aquel corazón de Sara que, después de haber impelido el cuerpo de Agar al tálamo de su matrimonio, aborrecióla por haberla precedido en su generación y haberle dado al Patriarca un hijo en detrimento del suyo, venido tan tarde y nunca por ella esperado. Así como la primera vez que Sara exigió de su esposo aquella expulsión terrible Abraham cedió al instante, no quiso ahora ceder con igual facilidad. Sin duda el amor sentido por Ismael superaba en mucho al amor sentido por su madre Agar en el pecho de Abraham. Y si antes de haberlo parido Agar se arriesgó á despedirla, después de parido y criado en aquella su casa, encontró repugnancias, tanto en el corazón como en la conciencia, para este nuevo sacrificio, pidiendo á Sara que se apiadase de aquel niño, vástago también de la común familia, y que creía suyo ella por hijo de sierva fiel, á todos ellos perteneciente. La madre sintió más recelos por la suerte futura de su hijo que sintiera celos del amor de su esposo. Bajo tal situación, verdaderamente resuelta, de su ánimo, insistió en la expulsión indispensable hasta lograrla de su esposo, que debió ver con el corazón hecho pedazos y el rostro surcado de lágrimas la eterna separación de aquellos bien amados seres.

No hubo piedad para la pobre sierva. Llamóla el implacable Abraham, y le dijo cómo debía partirse



de aquel hogar, cuya soledad regocijara con hermoso y robusto heredero. Así lo quería Sara, madre de Isaac, el puro hebreo, y no estaba en el caso de preferir Agar á Sara, ni al hebreo un mestizo egipcio. Lloró la concubina con desesperación, y se arrojó el primogénito á los sacros piés de su padre Abraham, quien poseído por una interior vocación, que á grandes y maravillosos destinos le llamaba, tuvo aquel menosprecio por todos cuantos le circuían, congénito á todos los hombres de grandes vocaciones, y sacrificó sin misericordia ninguna los seres capaces de contrariar el ministerio histórico aceptado por él de Dios y trascendente á mil generaciones. Mucho debía querer al niño cuyos juegos, risas y gracias alegraran aquella su ancianidad, cargada con el peso abrumador de tantos excesivos deberes; mas atento al culto de la idea, por cuya prosperidad recorriera tantos espacios y luchara con tantas dificultades, cerró los ojos á la vista de aquel dolor, los oídos al resuello de aquellas penas, designando sin vacilación al hijo y á la madre la vía terrible del desierto. Por todo sustento les dió unos panes de harina recién amasada y unos sorbos de agua recién cogida. Y con su odre sobre la cabeza, el hijo al hombro, el zurrón de los panes á la espalda, envuelto el cuerpo en el sayal de sierva, caídas las trenzas sobre sus

espaldas y con pobre báculo por todo apoyo, tomó Agar el camino de la desolada inmensidad. Cielo parecido á la bóveda candente de un horno donde se forja el hierro ó se cuece la cal; cuervos y buitres por los aires incandescentes graznando en busca de las muchas víctimas inmoladas allí por el calor; espacios infinitos, como los espacios del Océano, cubiertos por arenas caldeadas, que parecen rescoldos de gigantescos incendios, cenizas ardientes de recién extintos planetas; en los lejos del horizonte mirajes y espejismos producidos por la rarificación del aire y por las refracciones del sol, que fingen á una cuadros terribles de fantasmas espantosos, como si los infiernos ideados por todas las teogonías se desentrañaran desde lejos á la vista caldeada y febril; por último, bajo los piés abrasados, ó espinas que todo lo taladran, ó víboras que todo lo emponzoñan; y cuando menos lo espera el peregrino, abrasado en aquella hoguera voraz, el simoún tonante y devastador, que alza trombas, espirales, oleajes de arenas, y traslada las cordilleras areniscas de un punto á otro entre los horrores de una tempestad, la cual parece como estruendoso desplomamiento del cielo enrojecido sobre aquella calcinada tierra.

Bien pronto se acabó el pan y se agotó el agua. Imaginaos los horrores que la sed y el hambre pro-



ducirán en el desierto; imaginaos los miedos que pasará una pobre mujer, tras un día de calor, en aquellas noches de frío, sin otro lecho que las arenas, sin otra cobertura que los horizontes. ¿Quién sabe si reclinará la cabeza dolorida sobre un nido de víboras? ¿Quién sabe si el chacal, tan sombrío y siniestro, vestido con el color de los desiertos, la saltará, traidor, en su camino? El reptil que se arrastra por un lado, el buho que sale con ojos fosforescentes de cualquier zarza, el tigre que maulla, el feroz león que ruge, todo esto la helaría de terror en aquella soledad espantosa. Y este gran terror, sentido ya una vez, y al cual había sucumbido, resultaba cien veces más terrible ahora; primeramente, porque no podía retroceder, como retrocedió en la primera ocasión, hacia la casa de sus amos, y después porque llevaba consigo al hijo de sus entrañas. Un día pasaba tras otro día, tras una noche otra noche, y ni un árbol donde guarecerse, y ni una cisterna donde refrescarse, y ni un viandante á quien pedirle auxilio y limosna. El desierto se agrandaba, y se agrandaba espaciándose como si fuera infinito, á medida que se revolvía el corazón de Agar sobre sí mismo y que se la cerraban todos los horizontes de todas las esperanzas morales. Por fin, un día de los más abrasadores la sed comenzó á dar cuenta del pobre niño, que llegó

á estar moribundo y á sufrir los primeros espasmos de una terrible agonía. La piel se le había pegado á los huesos encendidos; los ojos le saltaban en las órbitas, devoradas por fiebre altísima; de vez en cuando sacaba la lengua en busca de un poco de humedad, por aquellos aires llenos de fuego; los áridos labios chupaban, por no tener otra cosa que chupar, la propia sangre; y el lloro de la niñez, tan desesperante, y el alarido arrancado por intensos dolores, y el ruego á una madre, que hubiera dado la vida por aquel pedazo de sus entrañas y no tenía con qué socorrerlo y aliviarlo, por tal manera la enloquecieron, que lo depositó sobre las arenas como sobre una sepultura y se tendió á su lado para morir de su misma muerte. ¡Con qué horror no debía ver en aquellos instantes y tras las sombras de su agonía el rostro de aquella cruel Sara, cuyos celos y recelos, madre y esposa feliz, habían infligido tan bárbaro tormento á una madre y esposa desgraciada! Por fortuna para ella, un peregrino la encontró y le señaló fresca fuente, donde pudo apagar su sed, y después de la fuente un camino, á cuyo fin había un oasis cercano.

¿Comprendéis ahora la poesía de los semitas? Una sombra que oscurezca el sol, cualquier nube que pasa, el rocío que cae, la cisterna, la fuente, la